



38
D
C
P
T

Reflexiones



Investigaciones sobre africanos y afrodescendientes en México: acuerdos y consideraciones desde la historia y la antropología

María Elisa Velásquez *

Odile Hoffmann **



Martina Camargo. Cartagena Colombia. 2006 © Manuel González de la Parra

Se han cumplido ya 60 años desde la primera edición del libro de Gonzalo Aguirre Beltrán sobre la población de origen africano en México. Desde entonces, muchas investigaciones históricas y antropológicas sobre el tema se han realizado. En especial, a lo largo de los últimos 15 años se han dado a conocer avances sustantivos sobre su presencia y participación en la historia de México, fundamentalmente en el periodo virreinal, y trabajos antropológicos sobre comunidades de afrodescendientes en la Costa Chica de Oaxaca y Guerrero, en Veracruz y otras regiones del país.

También, los espacios académicos dedicados a su estudio en México han crecido y se han impulsado convenios para enriquecer las perspectivas de investigación. El programa *Nuestra Tercera Raíz* de la Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes realizó, en la década de los noventa, encuentros nacionales e internacionales y valiosas publicaciones sobre el tema. Por su parte, el seminario permanente *Poblaciones de origen africano en México* adscrito a la DEAS del INAH ya cumplió 10 años de realizar sesiones de trabajo tres veces al año, congresos internacionales, conferencias, cursos, exposiciones y publicaciones; en este sentido es importante hacer notar que en el INAH se ha logrado consolidar una colección titulada *Africanías* dedicada a publicar libros sobre el tema. Así mismo instituciones como el CIESAS, CEMCA, el CCYDEL y el PMNM de la UNAM y universidades como las Guajajuato, Veracruz, Estado de México y Guerrero han desarrollado proyectos importantes en este sentido.

* Es investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social-INAH

** Es Directora de Centro Francés de Estudios para México y Centro América



Familia. Tumaco Colombia. 1999 © Manuel González de la Parra

Después de años de investigación y reflexión creemos pertinente dar a conocer algunas consideraciones en relación con la forma de abordar esta temática, sobre todo, ante el surgimiento de estudios que muchas veces niegan la trayectoria de investigación en México, menosprecian los aportes de los trabajos recientes y retoman viejos problemas, en muchos casos superados desde hace tiempo. Es cierto que nos quedan muchas interrogantes por responder y un largo camino de nuevos temas que incursionen con fuentes de primera mano y trabajo de campo serio y dedicado. Sin embargo, creemos que es momento de dejar constancia de algunas reflexiones con el deseo de que contribuyan en las futuras investigaciones. A continuación enumeramos las principales discusiones, reflexiones y propuestas que en los últimos años hemos abordado para el estudio de los africanos y sus descendientes en México.

1. Lo que sabemos y lo que se ha aportado

Existe ya una vasta bibliografía sobre el tema, decir que las investigaciones sobre la población de origen africano en México son nuevas, simplemente revela que no se han consultado los trabajos que por lo menos durante casi veinte años se han realizado. Sobre revisiones historiográficas o bibliográficas se han publicado varios estudios,¹ por lo que en este espacio

sólo haremos una semblanza de los principales temas que se han trabajado hasta la fecha y de los que quedan por investigar.

Gracias a los datos que han aportado muchas investigaciones a lo largo de casi 60 años, sabemos que alrededor de 250 000 africanos, hombre y mujeres, llegaron de manera forzada a México durante el periodo virreinal, fundamentalmente entre 1580 y 1650; conocemos que desempeñaron diversas actividades en casi todas las regiones del territorio novohispano; hemos detectado que gran parte de ellos provenía de culturas de África Occidental, Central y del Sur, es decir, de las grandes regiones de Senegal, Guinea, el Congo, Angola y Mozambique.

Las investigaciones, a través de fuentes documentales, como contratos de compra venta, denuncias inquisitoriales, testamentos, avalúos, matrimonios o juicios, entre otros muchos, han demostrado que los africanos y sus descendientes no fueron un grupo homogéneo; es cierto que la mayoría arribó como esclavos, pero muchos lograron adquirir la libertad y obtener mejores condiciones de vida para ellos y sus descendientes. Los hemos localizado desempeñando trabajos en haciendas, ingenios, minas y obrajes, pero también, en gremios, formando parte de las milicias, como arquitectos, pintores o cantores famosos y encabezando movimientos de resistencia como el de Yanga en Veracruz. También hemos recuperado la vida de mujeres como jefas de familia, luchando por sus derechos y los de sus hijos, y realizando un sinnúmero de actividades fundamentalmente en el servicio doméstico.

A través de monografías y estudios en zonas rurales y ciudades se han documentado las diferencias entre la esclavitud de plantación y la doméstica, y se han aportado nuevas perspectivas sobre las complejas relaciones familiares, sociales y culturales que se gestaron en aquel periodo. Temas como la trata esclavista, el trabajo y la economía colonial, los movimientos de resistencia, no sólo el cimarronaje y los motines, sino también las acciones y prácticas culturales que se manifestaron contra el dominio y la sujeción en la vida diaria, también han sido motivo de varias investigaciones. Asimismo, se han realizado algunos trabajos interesantes en lingüística, literatura y etnomusicología.

Hemos insistido en que el contexto de cada periodo y espacio determinó situaciones sociales y culturales que han vivido los africanos y sus descen-

¹ Ver, entre otras: Serna, Juan Manuel de la, "La esclavitud africana en la Nueva España. Un balance historiográfico comparativo", en Juan Manuel de la Serna, (coordinador), *Iglesia y sociedad en América Latina colonial. Interpretaciones y proposiciones*, México, UNAM, 1998; María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras) *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, México, INAH, 2005 (Serie Africanías 1); Cristina Díaz, *Queridato, matrifocalidad y crianza entre los afroestizos de la Costa Chica*, México, Conaculta, 2003. Hoffmann, Odile, "Negros y afroestizos en México: viejas y nuevas lecturas de un mundo olvidado", *Revista Mexicana de Sociología*, 2006, num.68/1, pp103-135; Ben Vinson III y Bobby Vaughn, *Afoméxico. El pulso de la población negra en México: una historia recordada, olvidada y vuelta a recordar*, México, CIDE-Fondo de Cultura Económica, 2004.

dientes Los estudios, sobre todo de investigaciones históricas en México, han insistido en la importancia de distinguir peculiaridades de los distintos periodos del virreinato y de las características de las fuentes documentales. En los primeros tiempos del siglo XVI, por ejemplo, las relaciones socioraciales, si bien existían, no desempeñaron el papel determinante que llegaron a tener en épocas ulteriores, cuando el color de la piel, los rasgos físicos y la posición económica se vieron estrechamente vinculados, imponiendo barreras y relaciones de dominación severamente codificadas. Estas distinciones temporales permiten delinear otras vías posibles de configuraciones socioraciales, que no prosperaron frente a la imposición del modelo racial del XVIII-XIX pero que, en el caso de México, dejaron sembradas otras realidades socioraciales como la de un mestizaje específico del cual hablaremos más adelante.

Asimismo, los estudios en México han subrayado el carácter diverso y heterogéneo de los africanos y sus descendientes en la sociedad novohispana; se han documentado las complejas relaciones entre los grupos culturales y entre la misma población de origen africano, a veces de alianza y solidaridad, pero otras de rivalidades y antagonismos.

En los estudios hasta ahora realizados en México se pueden distinguir tendencias académica basadas en la influencia de la historiografía económica, regional, demográfica, social y cultural, pero también fruto de los debates y aportes de años de investigación y

reflexión sobre el tema. Se ha demostrado, por ejemplo, la importancia de incorporar en el análisis los enfoques de la antropología, la historia cultural, las perspectivas de género y se han destacado las aportaciones de otras fuentes como las manifestaciones artísticas, la tradición oral y las obras literarias.

Los trabajos antropológicos también han crecido de manera significativa. Se han estudiado diversas manifestaciones culturales a través de la música, las fiestas, los rituales o las danzas. Asimismo se han realizado trabajos comparativos de zonas como la Costa Chica y Veracruz, insistiendo en las diferencias y en las características específicas de cada región. Por otra parte, se han investigado problemáticas sobre identidad, racismo o discriminación, así como de los de memoria y parentesco. Hemos insistido en que la cohesión social y cultural no se reducen a compartir "rasgos comunes", sino que se analizan en términos de procesos complejos en los que intervienen múltiples agentes, a distintos niveles y desde diferentes ámbitos culturales, políticos y económicos.

En resumen, tenemos ya un capital de conocimientos acumulados desde diferentes perspectivas metodológicas y teóricas, aunque es cierto que faltan muchas interrogantes por resolver.

2. Lo que falta por investigar

A pesar de los avances siguen pendientes varias tareas. Por una parte, necesitamos explorar nuevos archivos y descubrir fuentes de regiones que no han sido estudiadas, como el norte de México. Incluso son necesarias investigaciones de zonas básicas para la comprensión de la presencia africana en México, como por ejemplo, de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca; aunque hemos comenzado, todavía no tenemos una historia bien documentada sobre los africanos y sus descendientes es esta zona y llama la atención que, por ejemplo, el pasado de los africanos en el puerto de Acapulco, la Costa Grande de Guerrero y en el camino conocido como de China que llegaba hasta la Ciudad de México siga pendiente. Para los antropólogos, tan interesados en esta región, faltan piezas indispensables en el rompecabezas, que ayuden a entender los procesos culturales de estas comunidades.

También son necesarios, a pesar de limitaciones de las fuentes, criterios más creativos para el estudio de periodos históricos como el siglo XIX. El uso de fuentes artísticas, de crónicas o de censos, ha demostrado que es posible estudiar esta época con otras ópticas que permitan identificar a los grupos de afrodescendientes. Son además necesarias reflexiones sobre la ideología del liberalismo y los cambios políticos que influyeron en el carácter que fue tomando el mestizaje como símbolo de nacionalismo y cómo afectó a estos grupos de afrodescendientes.

Ya mencionamos que se han identificado las regiones y culturas originarias de los africanos, pero aunque hemos comenzado, falta mucho trabajo por



Monumento a Benkos Bioho. Palenque Colombia. 2006 © Manuel González de la Parra

hacer. Necesitamos saber más sobre las características de sus culturas, relaciones sociales y familiares, de sus comovisiones, religiones y costumbres. ¿Cómo analizar y distinguir las prácticas de origen africano cuando no hemos estudiado estas culturas? Colin Palmer lo señaló hace varios años: es necesario conocer la complejidad de la historia y las culturas africanas para demostrar cómo el trasfondo africano modificó la manera en que enfrentaron y organizaron su vida en la Nueva España. Asimismo, falta identificar otras regiones de origen que hemos descuidado, como las de África Oriental a través de la ruta del Mar del Sur por el Pacífico. Con estos datos podremos entender la riqueza de los intercambios culturales, los procesos históricos de mestizaje y finalmente la constitución de una circulación planetaria, forzada o libre pero enmarcada en relaciones de poder. Este circuito fue, de alguna forma, la primera expresión de una globalización que hoy alcanza dimensiones e intensidades inéditas y se analiza dentro del concepto de diáspora.

Aunque llevamos muchos años de diálogo entre historiadores y antropólogos necesitamos incrementar la reflexión conjunta de datos y formas de interpretación. En este sentido hacen falta etnografías más integrales con trabajo de campo serio. En particular, es imprescindible rebasar la fragmentación de los estudios y analizar conjuntamente a los grupos de afrodescendientes, indígenas, blancos, ladinos, mestizos y blancos en sus diversidades e imbricaciones, más allá de un modelo “interétnico” que sigue encajonando a las sociedades regionales en grupos separados. Estudiar los márgenes de las clasificaciones y las categorías (ser a la vez negro y mestizo, indio y negro), las desviaciones, las contradicciones asumidas, las subversiones del orden racial, podría abrir pistas novedosas que dejarían lugar a la creatividad social de los individuos y sociedades de las diversas épocas.

De la misma forma, es urgente asumir lo que empieza a conocerse como la “interseccionalidad de las identidades”, que no es otra cosa que la multidimensionalidad, es decir, uno es a la vez negro, hombre, rico, viejo, padre y autoridad local por ejemplo. La identidad étnico-racial se cruza permanentemente con otros regímenes de identificación, El más conocido y estudiado es sin duda el cruce raza-clase, aunque tampoco ha merecido toda la atención necesaria en México, sobre todo en estudios contemporáneos que suelen poner énfasis en lo étnico, pero también deberíamos integrar la dimensión religiosa y la de género. Es decir, reconocer que una identificación, sea étnica, racial o de otra índole, sólo se activa en campos de interrelaciones y retroactivaciones múltiples, don-



Bony. Cartagena Colombia. 2006 © Manuel González de la Parra

de los estigmas y las determinaciones se acumulan o compensan según las configuraciones globales en las que se enmarcan.

En este mismo sentido, los estudios podrían aportar datos empíricos acerca de las posiciones asumidas por unos u otros, haciendo hincapié en los patrones de repartición de los recursos disponibles, accesibles o inaccesibles a ciertos grupos de población. En el medio rural, se piensa inmediatamente en la tierra y en la configuración agraria que determinan en gran medida las posiciones de poder y dominación en un espacio dado. En el medio urbano, los recursos son más diversificados (artesanía, empleo doméstico, comercio, servicios), pero su distribución igualmente responde a modelos de regulación impuestos o negociados según la posición de los actores sociales, misma que integra, al lado de otras, la identificación étnico-racial.

Estas pistas, y las que están por inventar, coincidirían en un mismo esfuerzo, el de rechazar las simplificaciones y ubicar, contextualizar y posicionar mejor las dinámicas étnicas y raciales, que tienen su especificidad, dentro de un espectro más complejo de interacciones, tanto en nuestras sociedades, como en las que nos antecedieron.

Asimismo, es importante enriquecer el diálogo y la reflexión con otras disciplinas y con investigadores de Centro y Sudamérica, así como con especialistas que han realizado trabajos sobre otros grupos culturales y que pueden aportar experiencias y enfoques para enriquecer nuestras investigaciones. Como lo hemos señalado, cada contexto determina y limita el potencial de comparación, pero a la vez lo amplía y lo alimenta con las similitudes, contradicciones y diferencias. La comparación permite ubicar los puntos de divergencia o convergencia en el tiempo, el espacio y



Mónica y su hermana. Coyolillo, Veracruz México. 1993 © Manuel González de la Parra

en los procesos, explicando así los factores de dinámica propia o compartida.²

Por otra parte, se han publicado y difundido nuestros trabajos, pero también falta mucho por hacer en este sentido. Existen tesis de licenciatura y posgrado que buscan innovar y explorar situaciones poco conocidas. Pero es interesante y problemático subrayar que, muchas veces, no desembocan en tesis de doctorado, en todo caso, es necesario impulsar mayor número de publicaciones y crear mecanismos de difusión al alcance de la sociedad.

Finalmente hacen falta trabajos e investigaciones sobre la discriminación y la problemática del racismo en México. Es cierto que este tema ya ha sido abordado para las poblaciones indígenas, pero muy pocos estudios se han preocupado de los afrodescendientes. Las encuestas sobre discriminación revelan que es necesaria la información y la reflexión sobre este grupo en la formación de México.

3. El problema del mestizaje

El término “mestizaje” en el marco de la historia nacionalista y su versión oficial parece dificultar la investigación de la población de origen africano en México. Desde hace varios años lo han señalado así investigadores como Catherine Good, Antonio Machuca y Colin Palmer. Para muchos estudiosos, este concepto niega la importancia y participación de otros grupos (que no sean indígenas y españoles) en el proceso de la conformación histórica de México. Durante siglos, quizá desde finales del siglo XVII, con el desarrollo del pensamiento criollo, se ha enaltecido la presencia de estas dos únicas raíces, como si además “lo español” y “lo indígena” fueran culturas uniformes. Varios antropólogos e historiadores han señalado que el mestizaje como un fenómeno bi-racial indígena y español ha servido para ocultar el carácter pluriétnico del mestizaje real.³

Algunos investigadores estadounidenses han sido todavía más radicales en la opinión sobre este término. Por ejemplo, gran parte de ellos reconocen, de manera irremediable, los avances y el número creciente de los estudios en México sobre el tema; sin embargo, reprochan a la academia mexicana “una tendencia a ver el análisis de los negros desde la óptica asimilacionista y como parte del mestizaje”. Según Ben Vinson III, los estudios mexicanos, incluso los de Aguirre Beltrán, han estado prejuiciados con el “contexto ideológico del mestizaje nacionalista unificador”.⁴

Debemos reconocer que como concepto ideológico el mestizaje ha negado la presencia de otros grupos culturales en la historia de México, disolviendo la diversidad de pueblos y negando su participación, así como ocultando las grandes diferencias de clase, estrato social o región.⁵ Sin embargo, negar este proceso de intercambio y recreación en todos los ámbitos, tampoco es la solución. Creemos que debemos partir por revisar y retomar el contenido de este término desde un enfoque más inclusivo, como lo han hecho otros historiadores. Enrique Florescano, por ejemplo, en su análisis sobre la sociedad virreinal, hace énfasis en el carácter pluriétnico, en el choque e intercambio de culturas y caracteriza al virreinato

² Por ejemplo el proyecto IDYMOV, Identidades y moviidades (proyecto CIESAS-IRD-ICANH, con financiamiento Conacyt 2003-2006) ha trabajado situaciones indígenas y afrodescendientes, en Colombia y en México. Partiendo de categorías identitarias usadas por los propios actores (como indígenas, comunidades negras, protestantes), desemboca en un análisis político que subraya el papel del discurso multicultural en la definición de grupos separados, el empoderamiento que favorece pero también la instrumentalización política que luego permea las relaciones en el sentido de mayor antagonismo. Ver Odile Hoffmann y María Teresa Rodríguez (editoras), “Construir y vivir la diferencia, los actores de la multiculturalidad en México y Colombia”, CEMCA-CIESAS-IRD-ICANH. México, en prensa.

³ Antonio Machuca, Presentación en María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras) *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, México, INAH, 2005, p.13 (Serie Africanías)

⁴ Ben Vinson III y Bobby Vaughn, *Afroméxico, El pulso de la población negra en México: una historia recordada, olvidada y vuelta a recordar*, México, CIDE-Fondo de Cultura Económica, 2004.

⁵ Catherine Good, “El estudio antropológico-histórico de la población de origen africano, en María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras), *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, op.cit., p.153.

“como una sociedad nueva, integrada con los contenidos profundos de las diversas culturas participantes, pero distinta a sus matrices originales.” Destaca también los procesos que originaron un nuevo tejido étnico, social, económico, político y cultural con desigualdades y contradicciones.⁶

En este sentido, pensamos importante considerar en las dinámicas históricas y contemporáneas de México procesos de intercambio, transformación y reproducción cultural. Podríamos así identificar cómo los africanos y sus descendientes fueron creando y transformando su cultura frente a los retos de la vida cotidiana y la convivencia con otros grupos, así como las culturas de otras sociedades que contribuyeron a construir. Entonces el mestizaje no es necesariamente disolución y negación que limita la diversidad y pluralidad; es también recomposición y creación. No se trata sólo de entender la transformación del indio en mestizo o la asimilación del africano por la cultura mestiza,⁷ pero sí de entender los procesos, transformaciones o apropiaciones de nuevas o distintas dinámicas sociales, económicas y culturales.

Creemos que un enfoque no debe ocultar al otro. Ambos son necesarios. La academia no puede ignorar la simultaneidad de procesos contradictorios de identificación y posicionamiento social, político, cultural y económico. Uno es a la vez “negro” y “mestizo”, “indígena” y “ladino”, y lo mismo con las decenas de términos que nos falta entender a cabalidad en toda su diversidad semántica, simbólica y política.

4. El problema de las raíces y los orígenes

Sobre el tema de identificar los aportes de las culturas de origen africano se ha discutido mucho; algunos investigadores, sobre todo antropólogos, cuestionan el interés por encontrar o distinguir las expresiones africanas en los estudios históricos o etnográficos. Debemos recordar que uno de los objetivos de la historia radica precisamente en encontrar huellas en el pasado, como testimonios, que dan y aportan sentido a las preguntas del presente. Las huellas no necesariamente reflejan rasgos “puros”, por el contrario, revelan procesos de cambio en sí mismos, apropiaciones culturales, nuevas creaciones, que sirven justamente para comprender las dinámicas históricas y conocer los procesos de transformación. En este sentido es importante hacer notar que la cultura es una herramienta que responde a las necesidades, deseos o voluntades de las personas, de las comunidades.

La historia tiene el compromiso de preguntar sobre el pasado para entender el presente, no como algo atemporal o estático, sino creativo y en continuo

movimiento. Por ejemplo, el saber que una africana era wolof del occidente de África, nos revela costumbres y comovisiones que nos sirven para comprender las características de las relaciones familiares que estableció, la forma de vivir o enfrentar la esclavitud o la contribución cultural que aportó a través de la crianza de los hijos de criollos y españoles en la Ciudad de México.

El diálogo entre la historia y la antropología permite comprender estos procesos, contribuye a que las sociedades y a las distintas comunidades se reconcilien con su pasado y enfrenten los retos presentes y futuros. Por ello, el término la “tercera raíz” tampoco agota la explicación de la presencia de los africanos en México. En este sentido, no es tercera, sino que participa conjuntamente con muchas otras, al lado de la indígena y la europea y de otros múltiples cruces, donde a veces es minoritaria y a veces no, dominada pero no siempre, silenciada pero activa. No es sólo raíz sino, si se quiere seguir con la metáfora, es ramaje, flor y botón, y a la vez participa de la inmensa variedad humana y de su capacidad permanente de cambio y transformación.



Ensayo. Palenque Colombia. 2006 © Manuel González de la Parra

⁶ Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Editorial Cal y Arena, México, 1992, pp.43 y 44.

⁷ Catherine Good, “El estudio antropológico-histórico de la población de origen africano”, en María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras) *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, op.cit., p.158.



Festival de música y danza. San Lorenzo Ecuador. 1999 © Manuel González de la Parra

5. Las categorías o denominaciones

Hemos reflexionado sobre los términos y conceptos que nos ayuden a comprender los fenómenos históricos y las dinámicas actuales en relación con la presencia de africanos y afrodescendientes en México. Entre otras interrogantes han estado presentes las siguientes: ¿cómo los identificamos y distinguimos? ¿Sólo a partir de rasgos físicos y color de piel? ¿Cómo entender los procesos y construcciones culturales sin disolver o negar la presencia africana? En suma, ¿cómo no imponer al pasado el significado cultural del presente?

Como construcciones históricas, las categorías para identificar a diversos grupos sociales responden a circunstancias temporales y espaciales concretas. En este sentido, recuperar los términos históricos para denominar a grupos como el de origen africano llamándolos mulatos, negros o zambos, comprendiendo las dinámicas históricas es indispensable. También en los estudios antropológicos es necesario entender los contenidos de estas denominaciones cuando en las regiones o comunidades que estudiamos se habla de morenos, negros o costeños.

Sin embargo, es necesario distinguir estas categorías en el análisis académico y en la difusión de los estudios sobre el tema. Repetir los prejuicios o estereotipos que desde la época virreinal se han utilizado para menospreciar o negar la presencia de este grupo, limita la reflexión y reproduce ideologías discriminatorias. La colonización y conquista de territorios de Asia, África y América convirtió a grupos de distintas culturas en sujetos pertenecientes a una misma clasificación. En México, nahuas, otomíes o mayas fueron en principio llamados indiscriminadamente indios. Lo mismo sucedió con otras culturas de América, en Perú, Bolivia, Chile o Brasil. También mandingas, wolofs, bereberes, fangs o

bantues, así como pobladores de Oriente y el Mar Indico con rasgos de origen africano fueron catalogados como negros y en algunos casos chinos. Sin embargo, imperó y prevalece actualmente en los estudios históricos y antropológicos, el uso de los términos que niegan y desconocen la pertenencia, el origen y en suma la singularidad de los individuos que han conformado la población de México y dificultan el análisis y la comprensión de los diversos fenómenos culturales.

Reconocer las limitaciones de estos términos permitiría enriquecer nuestros análisis y dotar a los sujetos y grupos sociales, de la historia que les pertenece. Ello no significa negar desarrollo, transformación y nuevas realidades. Podemos distinguir el origen mandinga de un ritmo en la música de Michoacán, pero también su combinación con un acorde sevillano; también podríamos identificar un ritual bantú con oraciones cristiana rezadas en nahuatl; asimismo, podríamos ayudar a explicar a las comunidades de afrodescendientes, las características de sus expresiones culturales y de sus rasgos físicos. En suma, proponemos revisar los límites de categorías que niegan u obstruyen el análisis, dotándolas de nuevos significados y explicando su desarrollo.

Reconocer orígenes para entender mejor sus devenires. Por ejemplo en lingüística. Son muchas las palabras de origen africano en la toponimia e incluso en el lenguaje de México actual. Pero el interés no reside sólo en ubicar marcas de “lo bantu” y “lo mandinga” en tal o cual habla local o interpretarlas como prueba de presencia de esclavos de un origen u otro. El análisis va más allá, demuestra la permanencia de un circuito transatlántico planetario que unía las costa de Europa, África y América en los siglos XVI-XVIII, alrededor del comercio legal o de contrabando, de mercancía y de esclavos, y que se plasmó en un habla compartido a lo largo de un “anillo transatlántico” que hoy sigue vigente en las costas de América.



El baño. Bellavista, Tumaco Colombia. 1999 © Manuel González de la Parra



Graciela. Cartagena Colombia. 2006
© Manuel González de la Parra